
Bravo de *Felipe Romero Beltrán* (Bogotá, Colombia 1992) es la propuesta ganadora de la segunda edición del KBr Photo Award, iniciativa con la que la Fundación MAPFRE apoya la creación artística e impulsa la carrera de un autor produciendo el proyecto, una exposición y un libro.

La práctica fotográfica de Romero Beltrán se sitúa en los límites de la fotografía documental. Utiliza elementos propios de este lenguaje y los hace dialogar con otros componentes más cercanos a lo artístico, lo pictórico e incluso lo performativo. Como resultado, las imágenes de Romero Beltrán tienen un carácter híbrido y van más allá de lo estrictamente fotográfico para abarcar lo visual en un sentido más amplio.

En todos sus trabajos hasta la fecha, se ha interesado por territorios que han sido o son escenario de tensión, de conflicto y de reflexión visual. El río Bravo se caracteriza por un doble estatus: es río y frontera al mismo tiempo. En él la geografía cuenta con una densa carga política que ha ido acumulando desde el siglo XIX conflictos y tensiones hasta llegar a una situación insostenible en los últimos años. Romero Beltrán aquí nos sitúa en un tramo determinado, un territorio próximo a la ciudad mexicana de Monterrey. La vida aquí gira en torno a la espera, algo que puede durar meses, años e incluso no llegar a producirse nunca. El río y los que llegan hasta él para atravesarlo lo condiciona todo, conforma la identidad de sus gentes y sus modos de vida. Ese movimiento de personas no solo afecta a ciudadanos mexicanos, sino que es un fenómeno que se extiende a todo el centro y sur de América. *Bravo* supone un ensayo fotográfico que se acerca a esta realidad, y despliega una serie de imágenes de arquitecturas, de personas y de paisajes que la habitan y que ponen de manifiesto su carácter híbrido y liminal.

Además de las imágenes, incorporamos en esta presentación material de proceso del proyecto y la pieza audiovisual de *El Cruce* realizada con anterioridad a las fotografías. Romero Beltrán amplía aquí la reflexión visual sobre el río y nos muestra cinco situaciones que desvían o desplazan su condición de frontera, incorporando otros usos y situaciones vinculados a su doble carácter geográfico y político.

Victoria del Val
Comisaria

Sobre *El Cruce*

Podemos llegar a pensar que la única acción que se realiza respecto de la frontera es atravesarla. La imagen del que la cruza, del que cuando la cruza no llega a entender dónde está eso que cruza, y la cruza sin llegar a saber qué es la frontera durante la noche. La frontera es una geografía que pertenece al lenguaje; una vez se la transgrede, se desvanece, o, mejor dicho, una vez se llega al lugar que define un lado y el otro, se repara en que la frontera nunca existió, que es precisamente porque insiste en no existir que sigue un poco más allá frente a los ojos.

Tal vez por esto (porque la frontera no existe) cruzar la frontera es el menor de los ejercicios, la más escasa de las formas con que aparece, porque la frontera no solo es ambigua, sino que toma formas concretas diferentes, incluso toma la forma de la deformación de las formas. En ocasiones parece un desaparecido (el mismo desaparecido es la frontera), como alguien dejó en un lugar su hueco, como un ausente incesante. Es el caso de la frontera cuando se escurre en las cortadas del desierto, esos rastros de polvo entre arbustos. La frontera se evade entre ellos. La frontera (la inexistente) es aquello que las deforma, la que las hace desviarse o inclinarse, la que las hace tomar un sentido y después otro sin explicación, o con más exactitud, la que las explica sin que al hacerlo la explicación tenga sentido; la frontera es la que las cruza a unas con otras, incluso con ellas mismas, la que las obliga a aparecer y llegar al otro lado o al punto de origen; la que las hace borrarse de forma inesperada en mitad de un horizonte.

La frontera es la que desvía a los cuerpos, los convierte en síncopes los unos de los otros, la que los comprime y extiende, la que los atrapa en parejas, la que los fuerza a tropezar, la que les levanta una mano y no otra, y después otra mano, la que los lleva a circundar el pavimento sobre el que se producen todas estas acciones en el baile, la que los empuja a entrar en el círculo de estos movimientos. Es el convidado que nunca llegará, la causa de la celebración, la causa ignorada, olvidada, de ir allí y contraer, elevar, sincopar, arrastrar, subir, bajar, los cuerpos de ese modo.

La frontera asciende o desciende en el nivel del agua que, antes de que el embalse fuera construido, era la divinidad que le daba orden: períodos de crecida, durante las lluvias, y períodos agostados sin lluvia. Ahora es una frontera emancipada. Ella misma es un dios. Puede desaparecer, en el momento que cierran las compuertas, puede perder todo su volumen, puede dejar desnudos a la luz del mediodía los cantos redondos, puede dejar al descubierto

lo que fue un río, y mostrar los arenales y los tapices de guijarro, alguna forma de inmundicia —alguna forma que, al hundirse, había dejado atrás el mundo, y ahora vuelve a aparecer—; condena a la mirada a ver los restos de un festín que no serán recogidos, los desperdicios de una embriaguez que nadie pretende limpiar. Cuando esto ocurre la frontera no es el ausente que define la curvatura sin razón de las cortadas; cuando esto ocurre, la frontera es un río desierto, es donde hubo un río. Si alguien soñó en pasar al otro lado a flote, ante la visión de la horma del agua que no vuelve, ante la realización del río que no existe, duda en abandonar la idea pormenorizada. Es uno de esos absurdos del desistir cuando lo que se prefiguró, lo que se soñó, lo que se enumeró, lo que se calculó, se esfuma. Es una de esas formas del absurdo del desistir y quedar en una de las orillas, ante la más fácil de las transiciones, y esperar, antes de hacer el camino de vuelta, un reflejo sobre el agua ausente.

En los periodos en que la frontera ocupa de agua el río, su cauce desierto se cubre y vuelve a ser lo que fue, como si nada extraño pasara. Pero al ver la superficie que se enturbia, detenerse en los reflejos, ya son operaciones póstumas; el río frente a los ojos ya no es el de los románticos; se percibe secretamente que esa agua allí es otra. El agua que cubre la frontera desoye al nadador que la cruza de un lado al otro, que se deja llevar por la corriente, que en ocasiones repara en dónde está y mira la otra orilla buscando qué la distingue. El agua que cubre la frontera ignora a aquellos que se entrometen hasta la cintura, y la aplican sobre sus cuerpos para limpiar todos los pecados, del primer al último pecado. El agua que cubre la frontera ignora a los que ahora la cruzan y ven cómo el nadador y los bautistas quedan a mitad de camino.

La frontera es el hueco que dibuja una habitación pintada de rojo donde un pequeño tragaluz da a la calle. Es el corredor verde, en penumbra, que abandona esta habitación, que deja a mano izquierda otra habitación, que muestra la minúscula cocina, el vestíbulo inverosímil, que da a un patio de cemento y paredes de ladrillo después de quedar cegados por la luz; en el suelo hay un vaso de leche; la salida del patio (del vestíbulo inverosímil, de la minúscula cocina, de la otra habitación y de la habitación pintada de rojo), la salida de la frontera en suma, que reproduce tantas formas, está siempre abierta pero nadie allí acaba de cruzar.

Albert Corbí